

# Don Sorbete

Antonio González

Ilustración: Luis Felipe Joaquín



loqueleo

**Vivian Mayén**

Numerolandía

**Antonio González**

Bostezaurio

**Alejandra Osorio**

¿Qué hace acá una mariposa?

**Ana Pérez Zaldívar**

Las aventuras de Brócole

**Antonio González**

Mymoko

**Emilio Solano**

La huella del gigante

**Lorena Flores**

No olvides ver el cielo

**Yasmin Sosa**

Enrique el dibujante

## Rumbo a la China

Yo no sabía que era invisible hasta que tuve el valor de *no verme* en el espejo. Y eso es asombroso porque lo normal es que uno se vea y no que uno *no se vea*. Pero era cierto: no me veía ni los pies o una mano; ni un dedo o la uña de este al menos. Nada, ni un pelo siquiera.

Ahora que, si lo pienso bien, hay que imaginar el susto que me habría llevado al ver un par de orejas sin dueño flotando ante el espejo. Así que lo mejor fue *no verme*. Aunque del susto casi me pongo pálido, y con ello talvez podría haber llegado a verme. Pero no pasó nada.

Fue entonces —cuando *no me vi*— que me pregunté si eso de ser invisible era algo así como un superpoder. Pero por mucho que intenté lanzar rayos, estirar alguna parte del cuerpo, ponerme verde, echar llamas, mirar a través de las paredes o levantar el sofá (con toda mi familia sentada viendo la tele), no conseguí hacer algo medianamente impresionante.

Entonces, ser invisible no servía de mucho. Lo único que logré fue que se me hiciera un enorme chichón en la cabeza cuando quise atravesar una pared. Y es que pasó de repente, como cuando te da uno de esos males con los que te llenas de granos y todos te dicen que estás enfermo. «¿Enfermo? ¡Pero si me siento de maravilla!», te dices. Sin em-



bargo, el único superpoder que obtienes con eso es el de alejar a las personas por el miedo que les provocan tus ronchas.

12 Digamos que en esos casos uno se mira en el espejo y no ve nada grave. Pero los demás ven un monstruo lleno de granos rojos, todo hinchado, con los ojos amarillos y la piel verdosa, que estira la mano para contaminarlo todo a su paso.

Es por eso que yo me sentía bien ahora que era invisible. No como cuando te llevan al doctor y él te repite que en realidad no estás muy mal, pero que necesitas estar tranquilo, porque lo siguiente que hará no te va a doler.

«Esto no duele. Mi abuelo viene todos los días a que le ponga una, y eso que él ya anda por los 95 años. Así que



tranquilo, que esto no te va a doler». Eso dice el médico, y para mientras va mostrándote una enorme jeringa, como de 40 centímetros de largo. ¡O talvez más!

Es entonces cuando de verdad te sientes terrible: todo te da vueltas y sientes calor y frío al mismo tiempo. Es allí donde en realidad caes enfermo, porque en realidad no lo estabas antes.

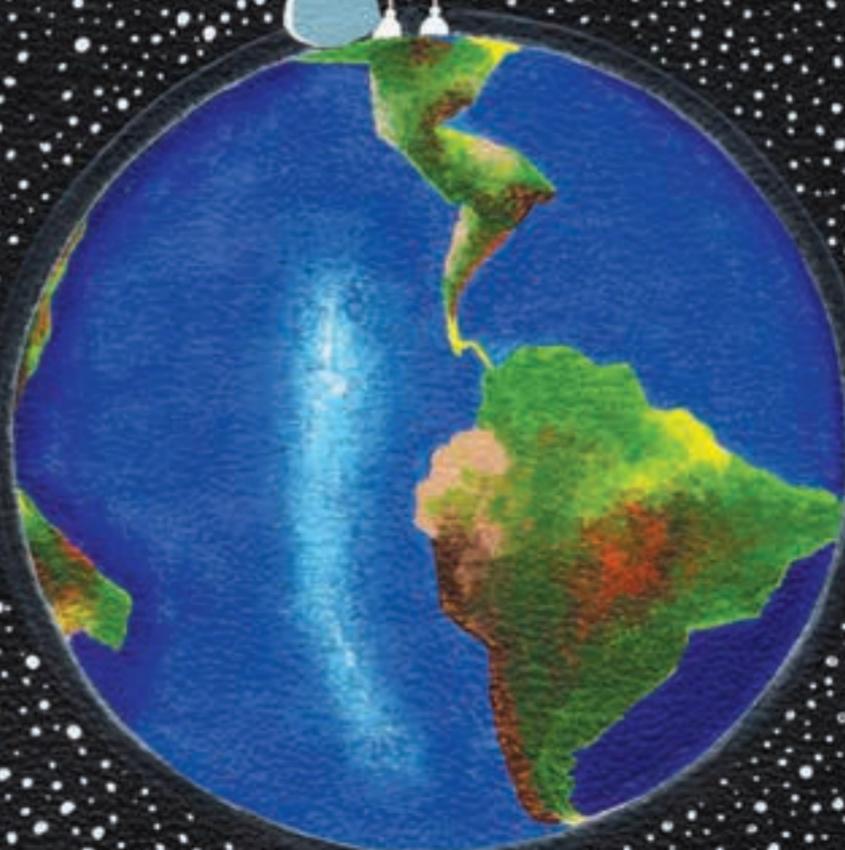
El caso es que yo era invisible ahora y me sentía bien, sin dolor. Nada tan grave como para ir al médico. Pero, para ser sinceros, ¿qué diría el doctor al no verme?

En casa armaron un gran alboroto cuando no me encontraron por ningún lado. Esa misma tarde, mis padres tomaron el primer avión con destino a la China.

¿Que por qué a la China? Era el lugar a donde les decía que iría cada vez que me tiraba al suelo llorando porque no me daban esto o aquello: «Un día de estos voy a abrir un hoyo y aparezco en la China», gritaba entre sollozos. Y lo hubiera hecho, a no ser porque ni siquiera sabía en qué dirección debía cavar. Tampoco tuve muy claro qué cosas empacar en ese caso, pues dicen que el centro de la Tierra es muy caliente. No sabría entonces si debía llevar bloqueador solar, porque hasta allí no llega el sol, pero sí hace mucho calor.

En realidad, es confuso.

Cuando todos se fueron a buscarme a la China comencé a tener tiempo libre. Ya ven que todo el mundo dice que no se debe perder el tiempo, que hay



que hacer esto y lo otro: lavar los platos, darle de comer al perro, llevar los calzoncillos al derecho y no al revés...

Y ahí estás, nunca te da tiempo de nada, porque tienes que acomodarte la ropa interior, buscar al perro para darle las galletas, restregar el cochambre de los platos. Sí, «el cochambre», decía mamá, porque se armaban torres y torres de platos con desperdicios que nadie quería tocar. Podían pasar una semana allí, hechos un verdadero cochambre, porque ninguno se hacía cargo de ellos.

Por esa razón empecé a tener mucho tiempo libre, porque ya nadie me pedía realizar esas tareas; y puedo agregar que luego de un par de días, la casa era un asco. La casa se había convertido,

en verdad, en un cochambre... aunque hasta la fecha no entiendo muy bien qué significa esa palabra.

18 A los pocos días me aburrí terriblemente, ya no era divertido. Como tampoco lo fue salir a jugar pelota, porque los chicos no me pasaban el balón. Y si estaba en la banca no me metían a la cancha.

Era entonces cuando gritaba, abriendo la boca como a punto de tragarme un pastel de almendras —digo esto porque me gustan las almendras—, aunque para ese momento podría ser un pastel de cualquier cosa, menos de fresa porque soy alérgico.

Decía que, mientras abría la boca, se me pintaba la cara de rojo hasta llegar al tono azul, casi morado, y era allí

cuando lanzaba un grito tan fuerte que casi (casi) me hacía visible.

Pero, lamentablemente, nadie lo notaba. Ni siquiera se detenían un segundo para preguntar: «¿Escucharon eso?».

Entonces me daban unas terribles ganas de llorar, aunque yo no sabía muy bien por qué, pero gritaba y gritaba hasta quedarme sin voz; hasta que mi propia voz se hacía invisible, incluso para mí.